

ARTICULOS DEL MES

---

- . El futuro de la Reaganomía  
William NISKANEN
  
- . Bush y el ahorro necesario  
Martin FELDSTEIN
  
- . La arbitrariedad del mercado  
Herbert STEIN
  
- . Por qué el liberalismo ha quedado obsoleto  
Entrevista a Milton FRIEDMAN por Peter Brimelow.



EL FUTURO DE LA REAGONOMIA.

Firmado por William Niskanen aparece el siguiente artículo en el Financial Times del día 7 de diciembre (1).

La Reaganomía constituyó el más ambicioso intento de cambiar el curso de la política económica de los Estados Unidos después del New Deal de Roosevelt. El argumento más distintivo y más sólido de ese programa, en palabras del mismo Reagan, era que "un crecimiento de la economía sólo será posible si conseguimos reducir el papel del Estado". Los cuatro elementos básicos del programa fueron éstos:

- Una menor expansión del gasto público (Federal spending).
- La reducción de la imposición sobre las personas y sobre las empresas.
- La desregulación.
- Una contención de la inflación a través de la contracción monetaria.

Toda la política de Reagan estuvo dirigida, en principio, hacia esos objetivos, aunque con resultados diversos. En general, la situación a la que se ha llegado durante su presi-

---

(1) El autor fué miembro del Consejo de Asesores económicos de Reagan entre 1981 y 1985. Este artículo es una síntesis de una ponencia que bajo el título "Reaganomics and Beyond" Niskanen ha de presentar en la conferencia del Institute of Economic Affairs, uno de estos días.

dencia podría juzgarse de altamente positiva. La economía ha vivido una etapa de expansión ininterrumpida durante seis años. El desempleo es ahora el más bajo de los últimos 14 años, y los tipos de interés a largo plazo y la tasa de inflación han descendido en seis puntos porcentuales por debajo de lo que eran al final de la presidencia de Carter. Todo es positivo, y Reagan merece por ello el aplauso que le corresponde.

Con todo, no puede decirse que haya habido una revolución reaganiana, si bien se redujo el crecimiento del gasto público, el porcentaje del presupuesto sobre el PNB continuó subiendo, al menos hasta hace poco. Aunque los impuestos fueron reducidos más de lo que se había previsto, una parte de esta reducción ha sido financiada trasladando la carga impositiva a las generaciones futuras (a través del déficit) o aumentando los impuestos sobre la inversión nueva. Una parte de la desregulación fué burlada con el incremento de las restricciones comerciales. Otras frustraciones: el fracaso de la reforma de la participación de la administración en algunos sectores, que dió lugar a situaciones difíciles para no pocos bancos; la elevada factura -que queda pendiente- con la que liquidar el cierre de muchas instituciones de crédito; la creciente congestión del tráfico aéreo, que podría traducirse en la necesidad de restaurar la reglamentación estricta del sector; etc. Por otra parte, todavía no se ha alcanzado un acuerdo sobre las normas que han de presidir la política monetaria, y si bien es cierto que, como dijimos, la expansión económica ha durado más de lo normal, la tasa de crecimiento durante los años 30 ha sido aproximadamente la misma que en los 70. Una revolución reaganiana habría reducido tanto el número de abogados en ejercicio como el precio del suelo en Washington. No necesito recordarles lo que en realidad ha sucedido.

En ausencia de cualquier cambio significativo en las instituciones, en los incentivos y en los límites de la política federal, las realizaciones de Reagan podrían quedar olvidadas en cuatro años de administración Bush, aunque esto no es probable. El futuro de la Reaganomía dependerá de la forma en que lo más negativo del legado -el todavía enorme déficit- es superado. Es necesaria una perseverante contención del gasto. A las dificultades normales de reducirlo se les unen en este caso el vencimiento de las obligaciones derivadas de los costosísimos sistemas de defensa, del cierre de bancos o cajas insolventes, de la renovación de las instalaciones para la producción de armas atómicas, etc. Ahora bien, la reducción del déficit a través de un incremento fiscal o de la inflación equivaldría a echar por los suelos los éxitos antes enumerados.

¿Qué es lo que sobrevivirá de la Reaganomía? Soy moderadamente optimista. La reducción de los tipos marginales del impuesto sobre la renta se ha convertido en el símbolo de la reforma fiscal tanto en Estados Unidos como en otros países, por lo que es difícil que se produzca un retroceso. Para no ir más lejos, el mismo Bush adquirió el compromiso inusual, pero firme, de no aumentar la imposición, proponiendo incluso alguna reducción selectiva de los tipos y de la base impositiva. La aportación, por otra parte, de la economía de la oferta seguirá presente incluso después de que la frase supply-side haya desaparecido del discurso político.

Tampoco es probable que se dé marcha atrás en materia de inflación. Durante la década de los 70 los políticos de muchos países alegaron que la inflación era algo fuera de su control, atribuyendo su origen y causas, generalmente, a imposiciones del mundo exterior. Sin embargo, la reducción de la misma en la mayoría de los países industriales durante los

años 80 ha demostrado que la inflación es principalmente un fenómeno monetario, y que puede ser reducida a través de una contracción monetaria sostenida. Esto hará que les resulte más difícil a los políticos recurrir a la inflación, incluso una vez que el término "monetarismo" haya dejado de ser utilizado.

El principal problema pendiente es que no existe consenso sobre la manera de dirigir la política monetaria. Concretamente, esperamos demasiado de nuestros bancos centrales. Mi primera y más inmediata preocupación es que los bancos centrales se tomaran demasiado en serio el Acuerdo del Louvre sobre tipos de cambio, con lo que puede producirse un incremento de la inestabilidad de la demanda interna como resultado de querer reducir la inestabilidad de los cambios. A más largo plazo, mi principal inquietud es que hemos delegado una de las funciones más importantes de los gobiernos a unos banqueros centrales no elegidos y sin establecer antes unas normas claras de política monetaria.

Sobre otros aspectos, el futuro de la Reaganomía es mucho menos claro. Bush ha propuesto un incremento del gasto en educación y en medio ambiente, y una variedad de pequeñas atenciones fiscales que se traducirán en una reducción de la base impositiva. Además, se verá probablemente obligado a aceptar parte del programa de los demócratas del Congreso para conseguir la aprobación de iniciativas de la Administración. El importante déficit fiscal limitará grandemente las eventuales propuestas para incrementos del gasto y para recortes impositivos, por lo que es probable que las presiones se dirijan hacia otros campos en los que la Administración tendrá que hacer concesiones: peticiones a las empresas, restricciones comerciales selectivas, nuevas regulaciones, etc.

El mayor reto para la Administración Bush será la consolidación del programa económico de Reagan. El mayor riesgo, en cambio, estará constituido por la posible persistencia de

La situación de indecisión que ha caracterizado los dos últimos años de la presidencia de Reagan. Aunque Bush venció por un margen substancial, los demócratas incrementaron su ventaja tanto en el Senado como en los estados. Por otro lado, el mal sabor que haya podido dejar la agresividad de Bush durante la campaña puede hacer difícil la cooperación entre los dos partidos. De hecho, Bush tendrá que asegurar su mandato con unos éxitos inmediatos.

Lo que mejor explica, con todo, que la Reaganomía no haya sido una revolución es que no se ha producido un cambio fundamental de perspectiva acerca de lo que el Gobierno federal debe hacer o, lo que es más importante, no debe hacer. Ronald Reagan ofreció una visión que representaba lo mejor del espíritu norteamericano (American heritage): oportunidades para todos, tolerancia, dedicación. Pero su resistencia a adoptar decisiones graves deja a los norteamericanos con importantes problemas nuevos y un electorado que es aún vulnerable a aquéllos que promueven la visión competitiva de un Estado distinto, más caro.

La característica más notable de este siglo ha sido el crecimiento generalizado del intervencionismo estatal. La Reaganomía puede que sea sólo un paréntesis en esa progresiva pérdida de libertades. Es necesario un mayor sentimiento de agravio colectivo ante la intromisión del Estado en la vida de todos y de cada uno, y hacen falta nuevos líderes que compartan la visión de Reagan para que pueda consolidarse y expandirse el más noble experimento de la historia: la revolución americana.